

# EL DIOS DE LA GUERRA



STEVEN SAVILE  
SEAN ELLIS

En mitad de la noche, Ronan Frost recibe una llamada de ayuda de su antiguo comandante, Tony Denison, que está huyendo para salvar la vida. Como oponente declarado de la globalización y amante de la tradición artúrica, el antiguo compañero de Frost es el objetivo de los agentes del Nuevo Orden Mundial, una misteriosa organización conspiratoria que intenta impedirle que encuentre la Crocea Mors, la espada de César y, quizás, la espada que el rey Arturo sacó de la roca para conseguir su reino.

Frost se muestra escéptico, todo lo que Denison le cuenta le suena a patrañas, simple y llanamente, pero no puede negar el hecho de que intentan matarle.

Así que le ayudará. Por muy arriesgado que sea. Porque él es así.

En el otro lado de Londres, sir Charles Wyndham, líder del Equipo Ogmios, envía a Konstantin Khavin a que averigüe la verdad tras el intento de asesinato... pero solo consigue descubrir que el gobierno británico quiere ver a Denison muerto a toda costa. Pero como Frost está con él, sir Charles se ve obligado a tomar una decisión: abandonar a Frost a su suerte o perder Ogmios para siempre.

No es una elección que quisiera tomar, pero dejará solo a Frost.

# PRIMERA PARTE

## IMPERIO

## 1

## DESPUÉS DE IDES

*En la antigüedad, Cingoli (Italia). 44 AEC.*

«Ha muerto un gran hombre».

Tito Acio Labieno no estaba muy seguro de cómo se sentía al respecto.

Entumecido, se golpeó en la cadera con el borde del tablero de *duodecim scripta* al levantarse de la silla y se dirigió a donde estaba su hijo. Quinto trataba de recobrar el aliento tras venir corriendo desde los establos. Sus ojos ardían de emoción y temor. Agarró al chico por los hombros.

—Dejaron el cuerpo en el suelo del Senado. Los conspiradores, liderados por el senador Bruto, se dirigieron luego al Capitolio y en su marcha gritaban: «¡Pueblo de Roma, volvemos a ser libres!».

—¿Y bien? Dime, muchacho, ¿qué ocurrió? No omitas el más mínimo detalle. ¿Cómo respondió el pueblo?

—Con silencio. Las calles estaban vacías. Los ciudadanos huyeron a encerrarse en sus casas.

Labieno se mordisqueó el interior del labio mientras le asaltaban pensamientos a la mente. Soltó al muchacho y se volvió. «Ha muerto un gran hombre y los que ocuparán su lugar no tienen ni un ápice de su grandeza».

—El pueblo amaba a César. ¿Acaso esos necios creen que los glorificarán por semejante traición?

Quinto lanzó una mirada al otro hombre que estaba sentado frente al tablero. Era Marco Atrio, centurión de una de las leales legiones de César, comandante de la caballe-

ría y carcelero de Labieno. Permanecía inmóvil. El soldado ni siquiera miró a Quinto a los ojos. Con la mayor neutralidad que fue capaz de mostrar, el joven dijo:

—La aristocracia lo celebra a puerta cerrada.

Labieno hizo un ademán de desdén.

—¿Eso crees? Entonces eres más necio que ellos.

Quinto permaneció con la mirada fija en el centurión, sin estar muy seguro de qué esperar de ese hombre violento. Así que sopesó cada palabra con cuidado.

—Labieno, ¿no era Cayo Julio César tu enemigo? Ahora que está muerto, puedes apelar al Senado para que ponga fin a tu arresto domiciliario.

—Amigo, enemigo. A veces son lo mismo. Era leal a un gran hombre. Era amigo de un gran hombre. Y cuando llegó el momento, le planté cara a un gran hombre. ¿Eso nos hace enemigos? Era el teniente más importante de César en la Galia y Britania. En aquel entonces éramos como hermanos. —La voz de Labieno sonó casi melancólica al recordarlo, pero cambió el tono a uno duro como el diamante—. Has malinterpretado mis palabras, muchacho. No son necios por haberlo matado; son necios porque creen estar preparados para tal traición. No están preparados para lo que vendrá después.

Quinto lo miró atentamente, como si fuera algo que no había considerado.

—¿Qué ocurrirá después?

—Bruto no es lo suficientemente fuerte para controlar el Senado, y mucho menos para gobernar Roma en su nombre. El pueblo *adoraba* a César, y buscarán a alguien que ocupe su lugar...

Quinto no notó el cambio en el comportamiento de su padre.

—César nombró heredero a Octavio, pero es joven y muchos consideran que es demasiado débil para gobernar. Antonio posee el ejército...

—Antonio, Bruto... y una docena más de aspirantes aparecerán. Habrá una lucha encarnizada por el poder y el pueblo será el que sufra cuando Roma se vea sumida en una nueva guerra civil. Ha muerto un gran hombre, un dios entre los hombres, y ninguno de los que vendrán a ocupar su lugar poseerá jamás nada que se aproxime a su grandeza.

Labieno esbozó una sonrisa forzada y le dio a su hijo una palmada en el hombro.

—Déjame solo por ahora, muchacho. Pensaré en las nuevas que me has traído. Podemos seguir hablando de este tema por la mañana.

Quinto asintió y, tras estrecharle la mano a su padre, salió de la terraza.

Labieno se giró hacia el centurión. Hay que reconocer que el legionario no había reaccionado ante las noticias de Quinto, pero no podía ocultar por completo su asombro. El viejo se volvió hacia él.

—¿Qué harás ahora, Marco? —preguntó Labieno.

—No me lo creo. —El centurión sacudió la cabeza y la sospecha empezó a fermentar en sus ojos—. Es un ardid. Un juego de los tuyos. Tu hijo solo pretende engañarme.

—¿Con qué propósito? ¿Acaso me han irritado los términos de la sentencia de César? ¿He intentado deshacerme de las cadenas de mi cautiverio? —Labieno suavizó el tono—. Eres mi carcelero, bien es cierto, pero por encima de eso eres mi amigo, Marco, mi compañero de armas. Me conoces. Sabes que nunca intentaría un engaño tan vulgar.

—Entonces es una noticia falsa. Tu propia muerte también ha sido una noticia muy difundida.

Labieno se encogió ligeramente de hombros.

—Cierto, amigo mío, y la verdad es una bestia escurridiza cuando se trata de Roma. No obstante, pronto se sabrá. Si han asesinado a César, mi hijo no será el único que nos traiga tan nefasta noticia. Pero, para entonces, puede que sea demasiado tarde.

Marco asintió abstraído y luego, de pronto, alzó la cabeza bruscamente lleno de sospechas.

—¿Demasiado tarde? ¿Para qué?

—Para elegir un bando, hermano. —Labieno se hundió en una silla frente a Marco—. ¿A quién le debes lealtad?

—Yo... yo sirvo a Roma.

—Igual que yo cuando César cruzó el Rubicón. Por esa razón me quedé junto a Pompeyo. —Negó con la cabeza—. Puede que lo mejor para Roma y el futuro que le espera no coincidan. Tendrás que tomar una decisión y, luego, atenerme a ella.

Marco reflexionó.

—Octavio es el heredero legítimo —dijo—. Si es cierto que César ha sido asesinado, debo ser leal a Octavio.

—¿Y si Octavio no es lo suficientemente fuerte? Entonces, ¿qué? ¿Servirás a un emperador débil y venal?

—Su fuerza dependerá de la lealtad de sus comandantes. Y tiene mi lealtad. No sé qué más puedo hacer.

Labieno contemplaba al centurión pensativamente. Lealtad. Julio César inspiraba tal muestra de lealtad. Pero para Octavio, que era joven y no había demostrado su valía, la lealtad de hombres como Marco Atrio no estaría garantizada. Al primer signo de debilidad, le abandonarían o, lo que era mucho más probable, le asesinarían.

Se inclinó hacia delante y, con indiferencia, cogió el dado del tablero.

—Ayúdame a hacer memoria. ¿Estabas con nosotros en la campaña de Britania, Marco?

—La memoria te ha abandonado, Tito. No fuimos capaces de cruzar. Mi cohorte estaba en uno de los barcos que volvieron a la Galia.

Labieno asintió distraídamente. Había formulado la pregunta retóricamente, y aunque el centurión hubiera respondido con una afirmación, Labieno estaba bastante seguro de que el soldado de caballería desconocía el relato que estaba a punto de contarle.

---

De un momento a otro, todo cambió.

El reflejo del sol destellaba sobre el río; el agua, poco profunda, hacía espuma al chocar con los tobillos de la infantería cuando empezaron a vadear el río y se escuchaba el sonido rítmico de cientos de pies marchando al unísono...

Y de repente, el caos.

Cuando los legionarios empezaron a cruzar el río, los britanos comenzaron el ataque. Flechas y piedras surcaban el cielo, chocaban contra los escudos y, con demasiada frecuencia, perforaban carne y hueso entre terribles crujidos.

La formación mantuvo la posición... tan solo unos minutos.

Los escudos repelían los proyectiles y el avance continuaba. Pero entonces, cuando los soldados de infantería se aproximaban a la costa este, aún con el agua por las rodillas, un grito de guerra se alzó desde el otro lado de la fortificación de estacas afiladas y los bárbaros salieron en tropel a su encuentro. El acero romano golpeó el hierro en un estruendo de ruido y sangre. La voz unificada del grito de guerra dio paso a un gemido de dolor discordante a medida que las espadas y las lanzas perforaban las armaduras para hender miembros y derramar entrañas. Un hedor impregnó el aire: el olor a sangre y muerte.

Labieno sabía que todas las batallas comenzaban así. Por mucho que se entrenara a un soldado, no se le podía preparar por completo para esos breves momentos de violencia que se vivían por primera vez. Sin embargo, los que sobrevivían al choque inicial sabían de la importancia crucial que adquiriría la disciplina al mirar a la muerte a la cara. Hoy no sería una excepción. Espoleó a su montura para que avanzara hacia el río, mientras exhortaba a los centuriones a que cerrasen filas y mantuvieran la formación.

La disciplina les mantendría con vida.



Los legionarios se juntaron y formaron con los escudos una barrera móvil repleta de lanzas. Continuaron su implacable avance.

Labieno echó un vistazo atrás y vio a César aproximándose a trote lento hacia el frente, a tan solo unos pasos del aquilífero, que portaba bien alto el reluciente estandarte del águila de la legión para que todos pudieran verlo. El cónsul de Galia estaba sentado a horcajadas y erguido, con una mano sobre la empuñadura de su *gladius* envainada. Parecía carismático y confiado, que era lo que se esperaba de él. Cuando empezaba el derramamiento de sangre, los hombres apelaban a él. Querían ver un héroe. Y él era lo más cercano a un dios viviente, un Hércules renacido. Sus legiones lo seguirían de buen grado hasta el mismísimo Averno.

«Y sin mí», pensó Labieno, «es exactamente allí donde acabarían todos».

César era, sin duda, un símbolo de inspiración, por no hablar de que era un hombre de estado brillante, un experto con la espada, un erudito, un filósofo, un hombre del pueblo... pero no era estratega. Eso era cosa de Labieno. Él ganaba las guerras y César paladeaba la gloria.

Labieno no albergaba resentimiento ni celo alguno. Entendía bien la importancia de los símbolos. Los legionarios eran formidables, no porque se endureciera a las tropas con amenazas o se las sobornara prometiéndoles recompensas, sino porque todos aceptaban que, al ganar una batalla, compartirían la gloria de César. Labieno sabía que eso era incluso más esencial para la victoria que una instrucción rigurosa, armas superiores y las tácticas que él aplicaba. En el momento que se entablaba batalla, la estrategia era cosa del pasado, del pretorio. La guerra era como un río: implacable, fluida, en constante movimiento, que sacudía a los combatientes y cambiaba continuamente para llevarse por delante cualquier obstáculo. Y alguien como César era una roca. Inamovible.

Mandubracio cabalgaba a su lado, observando la lucha con una expresión que denotaba tanto impaciencia como tristeza. A Labieno no le causaba buena impresión, pero el campo de batalla no era lugar para sutilezas. No podías elegir a tus aliados en la lucha más de lo que podías elegir a tus enemigos. El cielo estaba encapotado y una niebla espesa se levantaba de entre la maleza. Britania era una tierra dejada de la mano de Dios. Labieno echaba en falta la patria de los dioses. Mandubracio, príncipe de los Trinovantes, la mayor y más poderosa tribu de Britania, había sido expulsado de la isla por un feroz jefe guerrero de la tribu vecina de los Catuvellaunos, un hombre llamado Casivelono, que le había perseguido sin tregua. Se cruzaba despiadadamente con Mandubracio en cada campo de batalla y le dejaba rodeado de carroña que servía de banquete para los cuervos de la isla hasta que se rindió y buscó refugio en la Galia. Era un cobarde. Había venido corriendo con el rabo entre las piernas suplicándoles ayuda a sus nuevos aliados romanos.

Determinado a enseñar a los britanos que Roma cuidaba de sus amigos, César dedicó todo el invierno a construir barcos para llevar a sus tropas al otro lado del canal, y, con la llegada de la primavera, lanzó una invasión como la Isla de los Poderosos no había visto nunca.

Los inmortales son caprichosos. Los Venti y el mismísimo Neptuno se confabularon contra los barcos; el mar se encrespaba agitado por los vientos, dañando los barcos, rompiendo las cuadernas y rajando las proas, con lo que se vieron forzados a regresar a la Galia.

Sin embargo, César confiaba ciegamente en la victoria. Había hecho ofrendas a Belona, Nerio, Marte y Minerva. Había leído los augurios. No perdía. Y no perdería ahora. Labieno también tenía confianza, aunque su entusiasmo por la batalla se veía atenuado por las lecciones que le había dado la experiencia. Una vez que la batalla comenzaba, todo podía ocurrir. No se fiaba de los britanos. Los guerre-

ros de Casivelono eran relativamente inexpertos, pero luchaban en terreno conocido. Mandubracio había demostrado ser una inestimable fuente de información tanto del terreno como de las técnicas que seguramente utilizarían los Catuvellaunos, pero Labieno recelaba del príncipe; ¿dónde recaería su lealtad cuando los soldados romanos empezaran a masacrar britanos?

Brotó un grito detrás de Labieno.

Una escaramuza apareció de repente al oeste del río, donde un contingente de guerreros galeses abandonó al instante su escondite y cargó precipitadamente contra el centro de la columna que marchaba. Las espadas golpearon escudos y acero mientras los gritos de guerra se convertían en alaridos. La tierra bajo sus pies era traicionera, llena de barro por las fuertes lluvias.

—Nennio —masculló Mandubracio al ver al hermano de su odiado enemigo Casivelono—. ¿Conque ese perro los lidera? Entonces le enseñaremos unas cuantas cosas a ese mocoso, ¿te parece?

Cuarenta hombres arrojados por el bosque se lanzaron a la lucha, chillando como si intentaran invocar a los demonios de Britania para que lucharan a su lado.

Atacar por sorpresa era osado, pero las fuerzas de Nennio eran demasiado reducidas como para infligir daños significativos en la infantería romana, por muy valientes que fueran los britanos a sus órdenes, o por muy desesperados que estuvieran. La infantería tan solo tuvo que cerrar filas.

Labieno observó la matanza.

Era estrategia hasta la médula. No había nada al azar en un primer ataque. La emboscada habría sido devastadora si Nennio hubiera esperado un poco más y hubiera atacado la retaguardia de la columna, pero algo impulsó al britano a atacar del modo en que lo hizo. Y solo había una cosa en la que Labieno pudiera pensar: Nennio intentaba llegar hasta César.

«Replegaos», quiso gritar Labieno, como si el dios de la guerra pudiera oír de algún modo las palabras solo pronunciadas en su mente.

En el campo de batalla se podía morir de muchas maneras y, aunque la muerte de veintenas o cientos de legionarios era un precio aceptable por la victoria, la muerte de un único hombre podía significar la derrota total si ese hombre era Cayo Julio César.

Pero conocía a César. No se batiría en retirada ante una amenaza. Tan importante como era que el líder de los ejércitos de Roma viviera, lo era que jamás aparentara tener miedo. El poder icónico que poseía se marchitaría rápidamente si alguna vez empezaban a circular rumores de cobardía sobre él. El estratega observaba con una mezcla de temor y seguridad mientras César dirigía su caballo hacia la refriega y desenvainaba su *gladius*. Ya no se trataba de apariencias. El fragor de la batalla aumentaba y la pura verdad era que aquel hombre lo disfrutaba; ansiaba la lucha. Saboreaba el combate, le deleitaba probarse a sí mismo, y cuanto más fuerte fuera el enemigo, mejor. Pero, sobre todo, vivía para la gloria de la victoria.

César alzó con violencia su *gladius* hacia el firmamento, como si amenazara al mismísimo cielo, y la giró sobre la cabeza permitiendo que el reluciente metal atrapara un destello de sol. Por tan solo un instante, un único latido aislado, pareció un baluarte de fuego sobre su cabeza. El efecto era espectacular. César era más que un mero hombre.

Entonces, para desgracia de Labieno, César se deslizó de su montura y se metió en la refriega a pie.

¡Qué locura!

Mientras profería una maldición, Labieno dio la vuelta a su caballo y cargó hacia la melé. No iba a permitir ahora que el dios de la guerra pusiera su mortalidad a prueba.

César blandía su espada dibujando arcos que le abrían paso entre los britanos. La hendía, manchada de sangre y brillante bajo el sol naciente, en armaduras de hierro, escu-

dos de madera y miembros humanos por igual. Se enfrentaba a todos los enemigos de cara y los despachaba con una eficiencia despiadada. No había duda de que era más que un simple ser humano.

Antes de que Labieno pudiera recorrer la mitad de la distancia que los separaba, César había alcanzado ya a Nennio.

Ambos se enfrentaron en un cruce de hierro y acero.

La luz del sol danzaba como el fuego sobre el filo de la hoja del líder romano. Un contraste brutal con el gris rojizo apagado del hierro de la hoja del britano.

Ambos se movían con la gracilidad de los asesinos.

Ambos se movían con la precisión de los supervivientes.

Labieno lanzó un grito de advertencia, pero se perdió en el fragor de la batalla.

César se tambaleó.

Nennio dio un traspié cuando la espada de César golpeó la suya.

El joven intentó alzar el arma para detener otro golpe demoledor, pero lo consiguió a duras penas. La hoja de César se deslizó a lo largo de la espada levantada y asestó un golpe de refilón en la sien del príncipe. El casco le salvó la vida, aunque el impacto se lo arrancó y puso al descubierto su cabello blondo y enmarañado y una herida de la que manaba el humor escarlata hacia la cara. El príncipe se alejó tambaleándose, desorientado, y César retrocedió para asestar el golpe final.

«Al menos terminará pronto», pensó Labieno.

Y entonces, ocurrió lo inesperado.

Los dioses se rieron de ellos.

Mientras César bajaba la espada, Nennio consiguió de alguna forma alzar el escudo para detener el golpe. La espada romana partió la madera y dejó al descubierto las bandas de hierro que conformaban la estructura del escudo. Pero quedó atascada en el acto. César luchó desesperadamente por liberarla, mas en ese mismo instante, Nen-

nio tiró ferozmente del escudo y el barro bajo sus pies los traicionó. Cuando los dos hombres tropezaron, Labieno se quedó atónito al ver que le había arrancado la espada de las manos a César.

El tiempo en el campo de batalla se detuvo; el segundo en el que Nennio y César parecían incapaces de comprender qué acababa de pasar se eternizó.

César se miraba las manos vacías, manchadas con la sangre de los enemigos caídos, mientras que Nennio alzaba la vista por encima del escudo, a la espera de que César asestara el golpe mortal. Y entonces, lo comprendieron todo. Nennio bajó el escudo y asió la empuñadura de la espada de César.

—¡Proteged a César! —gritó Labieno, mientras espoleaba a su caballo para avanzar y cruzar el terreno a galope.

Nennio liberó la espada de un tirón, con una expresión desdeñosa en su cara marcada por la guerra, y alzó la *Crocea Mors*, la *gladius* de César, triunfante.

—Vas a morir —dijo, y dejó escapar un grito ronco de exultación. Le brillaban los ojos con un vigor renovado. No moriría. Ahora no. Aquí no. El britano avanzó hacia su enemigo desarmado.

Media docena de legionarios, en respuesta al grito de guerra de Labieno, cambiaron la formación para crear un muro de protección alrededor de César, bloqueando a Nennio el camino hasta el dios de la guerra.

Sin casco ni escudo, y aún resintiéndose del golpe en la cabeza, el príncipe no parecía rival para esos legionarios avezados en la lucha, pero el joven guerrero caminaba implacable hacia delante y, cuando el primero de los soldados intentó atacar, él estaba preparado. La espada arrebatada lanzó un destello y el romano ante él cayó, dibujando un arco de sangre arterial. Cayó otro más, cuyo cuerpo se vino abajo como un árbol derribado para acabar yaciendo junto a su cabeza cercenada.

Las aves carroñeras se alimentarían bien ese día, ocurriera lo que ocurriera después.

Los britanos se reagruparon al ver los actos heroicos de su jefe y, de pronto, lo que había empezado como una escaramuza estaba a punto de ser una derrota catastrófica para los romanos.

Nennio continuó abriéndose camino a través del muro de romanos, matando a buenos hombres y moviéndose más rápido de lo que los protectores de César podían retroceder con el peso que cargaban.

Labieno dirigió a su caballo hacia Nennio, pero antes de que pudiera unirse a la refriega, una piedra lanzada con una honda de entre la horda de enemigos golpeó de lleno el cráneo del animal, que se desplomó en una maraña de patas. Labieno salió disparado de cabeza y perdió la espada al caer.

Se dio con fuerza contra el suelo. Gracias al dolor, Labieno era consciente de lo vulnerable que era allí desparrado en el suelo como una puta en el barro. Luchó por levantarse y buscó su espada a tientas. A través de la máscara de barro aferrada a su cara, vio venir a la muerte dando zancadas, disfrazada de Nennio.

El britano alzó la reluciente *gladius*.

Aún de rodillas, Labieno lidiaba con su propia espada para desenvainarla. Apenas había conseguido levantarla cuando el joven príncipe balanceó la espada de César cual guadaña, pero paró el golpe. El impacto lo dejó completamente tendido de espaldas. Un espasmo de dolor le recorrió el antebrazo como un rayo, hasta el hombro. Sus laxos dedos se abrieron de golpe y soltó la empuñadura. El arma se le escapó de la mano.

Nennio se recuperó rápidamente y levantó la espada cautiva para realizar otro ataque.

Un entumecimiento extraño anegaba al romano; era la muerte. Comprendió que nada podía hacer para evitar que la espada cayera sobre él y le abriera en canal. Pero algún